

SABADO SANTO.

El Sábado santo, que tambien se llama el sábado mayor, se ha mirado siempre en la Iglesia como uno de los dias mas solemnes, aun antes de haberse adelantado los oficios de la noche del domingo de Pascua al dia que los precede. Propiamente el oficio del Sábado santo es la continuacion de las exequias del Salvador, y en particular de su sepultura. La Iglesia aun está de gran luto. Su profundo silencio, y la cesacion del divino sacrificio que, como en el Viernes santo, tampoco se ofrece en este dia, todo esto indica su afliccion. Está únicamente ocupada en llorar la muerte del divino esposo, en honrar el misterioso descanso que Jesucristo guardó en este dia en el sepulcro, y al mismo tiempo su descension á los infiernos, esto es, como dice san Pablo, á los lugares mas bajos de la tierra. El alma santísima de Jesucristo, de la cual jamás se separó la divinidad, del mismo modo que de su cuerpo adorable, que fué puesto en el sepulcro; esta alma santísima, repito, inmediatamente despues de su muerte descendió efectivamente á los lugares mas subterráneos; allí triunfó de los demonios á quienes acababa de vencer enteramente por su muerte, y les hizo sentir las tristes consecuencias de su derrota. Allí consoló á las almas del purgatorio, dándoles esperanzas de que pronto se verian libres de sus dolorosos calabozos; y allí, en fin, sacó de entre aquellas tinieblas las almas de los santos patriarcas y de los demás justos, esto

es, de todos aquellos á quienes Dios con antelacion habia hecho misericordia, y concedido la remision de sus pecados en virtud de los méritos de Jesucristo, pero que no podian gozar plenamente del efecto de esta misericordia hasta que Jesucristo hubiese satisfecho á Dios su Padre, con la efusion de su sangre, por los pecados de todos los hombres. De estos dichos predestinados se formó inmediatamente el alma del Salvador como una corte que llevó en seguida con él en triunfo al cielo, cuya entrada estaba cerrada á los hombres hasta que Jesucristo la hubiera abierto por su muerte. La parte de lugares subterráneos en donde estaban los que habian muerto en gracia de Dios antes de la muerte de Jesucristo, es lo que la Escritura llama el Seno de Abraham y nosotros decimos Limbo. Nota Durando que la razon por qué la Iglesia ha consagrado todos los sábados del año al culto singular y á la devocion especial de la santísima Virgen, es porque, estando muerto Jesucristo, y dudando todos los discipulos de su resurreccion, se halló toda la fe en sola la santísima Virgen; ella sola fué la que durante el sábado conservó cuidadosamente el precioso depósito de la fe; ella sola fué fiel.

Todo el oficio del Sábado santo, segun el espíritu de la Iglesia, no se dirige mas que á honrar el doble misterio de la bajada del alma de Jesucristo á los infiernos, y del descanso de su cuerpo adorable en el sepulcro. Este oficio no se terminaba hasta despues de la hora de nona, la cual se extendia hasta la puesta del sol, y entonces comenzaba con el nuevo dia el oficio solemne de la gran vigilia de Pascua. Era esta la primera de todas las vigiliass del año en dignidad,

y es tambien la primera por su antigüedad con respecto al establecimiento de la Iglesia : ella ha pasado siempre por la mas célebre y la mas indispensable de todas ; era tambien la mas larga , porque juntaba inmediatamente el oficio de la gran fiesta de Pascua al suyo. Como el dia civil entre los judios empezaba siempre al ponerse el sol , por esto esta célebre vigilia comenzaba la tarde del Sábado santo á la puesta del sol. Íbase entonces á la iglesia , y habia pocos fieles que no pasasen en ella toda la noche en ejercicios de piedad. El oficio que era muy largo, la lectura de las lecciones tomadas del antiguo Testamento, las instrucciones, las ceremonias, las oraciones ocupaban hasta el amanecer en que comenzaba el oficio de Pascua, al cual seguia la misa, en la que los fieles que estaban todos en ayunas, los unos desde la austera y módica comida del Viernes santo, y muchos aun desde el Jueves, comulgaban. Despues de lo cual se retiraba cada uno á su casa para descansar un poco, y volver en seguida á la iglesia. Esta religiosa costumbre subsiste aun entre los Griegos. Pero desde que la Iglesia latina, conducida siempre por el Espiritu Santo, ha creido conveniente por muchas razones el prohibir las reuniones nocturnas, el oficio del Sábado santo se ha adelantado como el de las demás ferias mayores á la tarde del dia precedente ; y todo el oficio del Sábado santo, que hasta la misa está dedicado á la memoria de la sepultura del Salvador, se termina por la mañana en el oficio de nona. Entonces comienza el oficio de la gran vigilia de Pascua ; mas la Iglesia, al mudar el tiempo de celebrarla, no ha mudado las ceremonias ni las oraciones.

Comienza, pues, este oficio por la bendicion solemne del nuevo fuego, despues de apagado el antiguo. Todo es misterioso en estas santas ceremonias. Apagado el fuego antiguo, parece quererse representar la ley antigua extinguida y abolida en la muerte del Salvador, y en el fuego nuevo la ardiente caridad que debe ser como el alma de la nueva ley. Habiendo muerto Jesucristo, luz del mundo, estuvo, por decirlo así, esta divina luz como extinguida por espacio de tres dias. En el momento, pues, en que el Salvador resucitó á una nueva vida, volvió á aparecer el nuevo fuego, del que es como el simbolo y la figura el que hoy se saca del pedernal. Las oraciones de que la Iglesia se sirve para bendecir solememente el nuevo fuego, desenvuelven por sí solas todo el misterio, igualmente que el sentido místico y moral.

O Dios, dice, que por medio de vuestro Hijo, el cual es la piedra angular de vuestra Iglesia, habeis derramado en los corazones de vuestros fieles el luminoso fuego de vuestra caridad ; santificad este nuevo fuego que para nuestro uso hemos sacado del pedernal, y concedednos la gracia de que durante estas fiestas de Pascua estemos de tal modo abrasados en deseos del todo celestiales, que con corazones puros podamos llegar á la solemnidad de las fiestas de la eterna gloria. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor.

Señor Dios, Padre omnipotente, luz eterna, criador de toda luz, bendecid esta, como la habeis bendecido y santificado iluminando á todo el mundo, á fin de que hagais nacer un fuego divino que nos abraze y nos ilumine ; y así como iluminásteis á Moisés al salir de Egipto con una luz milagrosa, dignaos tambien iluminar nuestros corazones y nuestros sentidos, para

que algun día podamos llegar á la vida y á la luz eterna. Por Jesucristo nuestro Señor.

Señor, Padre santo, Dios omnipotente y eterno, nosotros bendecimos este fuego en vuestro nombre, en nombre de vuestro Hijo único Jesucristo, nuestro Dios y nuestro Señor, y en nombre del Espíritu Santo; dignaos cooperar con nosotros, y asistidnos con vuestro auxilio contra los tiros inflamados del enemigo, y derramad sobre nosotros la luz de vuestra gracia celestial. Vos que, siendo Dios, vivis y reináis con el mismo Jesucristo vuestro Hijo único, y con el Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos.

La bendicion de los cinco granos de incienso destinados para colocarse en el cirio pascual, no es menos significativa del sentido y del misterio, y del espíritu de todo el misterio. Os suplicamos, ó Dios omnipotente, continúa el sacerdote, que este incienso reciba una efusion abundante de vuestra bendicion. Encended vos mismo el fuego que debe iluminarnos en esta noche, vos que renovais el mundo por las operaciones invisibles de vuestro poder, á fin de que no solo el sacrificio que se os ofrece en esta noche reciba las impresiones secretas de vuestra luz, sino que tambien sean arrojados todos los artificios y toda la malicia del demonio de cualquiera lugar adonde se llevase cualquiera de las cosas que aquí santificamos, y que por una asistencia particular se haga sentir allí a virtud de vuestra divina Majestad. Por Jesucristo nuestro Señor.

Todas estas oraciones demuestran bastantemente cuál es el espíritu de la Iglesia en todas estas misteriosas ceremonias, y con qué espíritu de religion se debe asistir á ellas. Asegúrase que durante mucho

tiempo se vió todos los años en Jerusalem en la iglesia del Santo Sepulcro un milagro el Sábado santo con motivo de este nuevo fuego. Este milagro consistia en que, estando apagadas todas las lámparas, en el momento en que se cree que Jesucristo resucitó se encendia milagrosamente una de ellas, á la vista de una multitud innumerable de testigos, que la devocion y la maravilla atraian de todas partes. Odolrico, obispo de Orleans, á su vuelta de una peregrinacion que habia hecho á Jerusalem en 1033, testifica haber traído la lámpara que el fuego del cielo habia encendido el año que él estaba allí, y haberla comprado al patriarca Jordan para hacer con ella un presente á su iglesia.

En honor de la santísima Trinidad, de la que es Jesucristo la luz, inmediatamente despues de la bendicion del nuevo fuego, se enciende un cirio que se divide en tres, y se convida en alto al pueblo á que dé gracias á Dios por el conocimiento que nos ha dado Jesucristo de este adorable misterio. *Esta es la luz de Cristo*: nuestra fe es propiamente la luz de Jesucristo. *Demos gracias á Dios*, se responde. ¿Qué acciones de gracias tan infinitas no le debemos por un beneficio tan insigne? El cántico de alegría que comunmente se llama el *Ezullet...* (1) porque comienza por esta palabra, es como un grito de alegría de toda la Iglesia por la nueva agradable de la resurreccion del Salvador. Por esto se cantaba en el momento en que el día comenzaba á apuntar; y á la manera que los ángeles anunciaron á los hombres el nacimiento dichoso del Salvador por un cántico celestial, *Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos*, hoy la

(1) En España la *Angélica*.

Iglesia anuncia su triunfante resurrección, convidando á toda la corte celestial á que celebre con ella este glorioso triunfo. Dé ya saltos de alegría toda la tropa celestial de los ángeles, y celebre con un santo regocijo nuestros divinos misterios. Resuene por todo el universo la trompeta sagrada que nos anuncia nuestra salud, y publique la insigne victoria de un monarca tan grande. Regocijese también la tierra, viendo lucir sobre ella una luz tan brillante; y los rayos brillantes de gloria que por todas partes esparce el rey eterno, háganle sentir la dicha que tiene de haber sido por fin libertada de las espesas tinieblas que estaban esparcidas por todo el mundo. Salte de júbilo la Iglesia nuestra madre, viéndose adornada con el brillo resplandeciente de una luz tan grande. Resuene este templo con las voces de alegría de todo el pueblo, reunido en él para la celebracion de una fiesta tan magnífica. Todo este cántico de alegría no es mas que un continuo entusiasmo. Por esto, hermanos míos muy amados, continúa el diácono, vosotros que estais aquí presentes, y que acabais de ser iluminados con la admirable claridad de esta santa luz, unid vuestras plegarias á las mías, á fin de que así unidos, obtengamos que derrame sobre nosotros los rayos de su divina luz, y que, sin atender á mi indignidad, me conceda la gracia de publicar todas las alabanzas de este cirio misterioso consagrado á su honor y á su nombre.... Levantemos nuestros corazones á Dios, y démosle eternas acciones de gracias: es muy justo el juntar el sonido de la voz con los afectos del corazón para alabar al Dios invisible, Padre omnipotente, y á su Hijo único nuestro Señor Jesucristo, el cual ha pagado por nosotros

al Padre Eterno la deuda de Adán, y ha borrado con su misma sangre el acta que estaba escrita contra nosotros, y el decreto que nos condenaba como culpables á consecuencia del pecado del primer hombre. Hé aquí, pues, las fiestas de la Pascua en las cuales es inmolado el verdadero cordero, cuya sangre consagra y santifica las puertas de las casas de los fieles. Esta es la noche, ó Dios mio, en la cual sacásteis en otro tiempo de Egipto á nuestros padres los hijos de Israel, y les hicisteis pasar el mar Rojo á pié enjuto. Esta es la noche que ha disipado las tinieblas de los pecados con el resplandor de una columna luminosa. Esta es la noche que, separando hoy por todo el mundo á los que creen en Jesucristo, de los vicios del siglo y de las tinieblas del pecado, los restablece á la gracia, y los hace entrar en la sociedad de los santos. Esta es la noche en la que Jesucristo, rotos ya los lazos de la muerte, se ha levantado victorioso del sepulcro. De nada hubiera, en verdad, servido para nosotros el que hubiese nacido, sino hubiésemos tenido la dicha de que nos hubiese rescatado. ¡O efusion admirable de vuestra bondad sobre nosotros! ¡O exceso incomprendible de vuestra caridad inefable! Para rescatar al esclavo, habeis entregado á vuestro Hijo. ¡O pecado de Adán, detestable á la verdad por su malicia, pero que ha sido ciertamente la ocasion del mas grande de todos los bienes, puesto que ha sido borrado por la muerte del Salvador! ¡O culpa á la verdad desgraciada por sus tristes efectos, pero en algun sentido feliz, puesto que nos ha procurado un Redentor tan magnífico! ¡O noche verdaderamente dichosa, que sola ha podido saber el tiempo y el momento en qué Jesucristo ha re-

sucitado! Esta noche es de la que está escrito : La noche será para mi tan clara como el día, y esta noche luminosa con su resplandor no contribuirá poco al esplendor de mi triunfo. La santidad de esta dichosa noche destruye los crímenes, lava las ofensas, restablece á la inocencia á los que la habian perdido, vuelve la alegría á los que estaban en la afliccion, disipa los odios y las enemistades, restablece la paz y la union en los corazones, y somete á Dios los imperios del mundo. Recibid, pues, ó Padre Eterno, en consideracion de esta noche sagrada, el sacrificio de este incienso que vuestra santa Iglesia os ofrece en esta misma noche por las manos de sus ministros, en la oblacion solemne de este cirio cuya materia han proporcionado las abejas. Aquí el diácono coloca los cinco granos de incienso en el cirio pascual en forma de cruz; despues continuando bajo de la misma alegoría de la columna de fuego milagrosa que alumbraba á los israelitas durante la noche, y que por el día ponía á todo el pueblo á cubierto de los ardores del sol : Ahora es, continúa, cuando reconocemos las singulares ventajas de esta columna de cera, que un fuego brillante y sagrado va á encender en honor de la divina Majestad; y aunque este fuego bendito se divida despues en muchas partes cuantos son los sugetos á quienes va á comunicar su ardor y su luz, nada pierde por esta comunicacion, alimentándose de la cera derretida que ha producido la abeja para componer la sustancia de esta misteriosa llama. Y aquí es cuando se encienden las lámparas.

¡O noche verdaderamente dichosa, prosigue el diácono, que, despojando á los Egipcios, la enri-

quecido á los Hebreos! El sentido literal cae sobre lo que pasó en la partida de los israelitas de todo el Egipto; pero el sentido alegórico nos representa á los cristianos enriquecidos, por decirlo así, con los despojos de los judios, que, negándose á reconocer á Mesias, y quitándole la vida, han perdido para siempre la cualidad de pueblo escogido, y todas las bendiciones que, abandonando á la sinagoga, han pasado á la Iglesia. Noche en la cual el cielo se une á la tierra, y Dios á los hombres. Os suplicamos, pues, Señor, que este cirio consagrado en honor de vuestro nombre arda toda esta noche, para que se disipen sus tinieblas; y que, elevándose su luz como un perfume agradable, se mezcle con la de las antorchas celestiales : encuéntrale todavía encendido el astro de la mañana; aquel astro, digo, que no tiene ocaso, el cual, habiendo resucitado, y volviendo victorioso de los infernos, ha hecho que luzca sobre todo el género humano una luz tan brillante en perfecta serenidad. Os suplicamos, Señor, que, concediendo á nuestros días la tranquilidad de una paz dichosa, os digneis entre el regocijo de estas fiestas pascuales conservar per una proteccion especial á todos vuestros fieles siervos, á todo el clero y á todo este devoto pueblo, con nuestro santísimo padre el papa, y nuestro prelado. Echad tambien una mirada favorable sobre nuestro piadosísimo monarca; y conociendo los votos y los deseos de su corazon, haced, ó Dios, por una gracia especial de vuestra bondad y de vuestra misericordia que goce de la tranquilidad de una paz inalterable, y que con todo su pueblo consiga una victoria celestial sobre todos los enemigos de la salvacion. Esta gracia os pedimos todos por el mismo Jesucristo

nuestro Señor, vuestro Hijo, que, siendo Dios, vive y reina con vos en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos. Así sea.

Descúbrese demasiado el influjo del Espíritu Santo en la santidad de esta bendición solemne del cirio pascual, y en la celebridad de esta augusta y misteriosa ceremonia, para no creer que sea ella obra suya. No es posible dudar que sea de tradición apostólica, aun cuando no se hiciese con esta majestuosa publicidad en los tiempos de persecución, en los que los emperadores paganos tenían como cautiva á toda la Iglesia. Pero luego que pasaron aquellos tiempos sombríos, y se dió la paz á la Iglesia, se vieron desenvolverse sus sagradas ceremonias, y celebrarse sus oficios con aquel orden, aquella religion y aquella majestad, que indican la alta sabiduría y la sublime santidad del Espíritu divino que las dirige. Créese que fué el papa Zózimo el que ordenó la solemnidad de la ceremonia del cirio pascual, y se atribuye á san Ambrosio la bendición tal como la tenemos. Este cirio misterioso no solo representa la nube y la columna de fuego de que ya se ha hablado en la bendición, sino tambien la luz de la fe que nos ilumina, y el fuego divino de la caridad que Jesucristo ha venido á encender en la tierra, y en el cual quiere que se abrasen todos los hombres. En su resurrección fué propiamente cuando se encendió este fuego divino, y comenzó á esparcirse por el mundo esta luz sobrenatural; y esto es lo que parece que significan aquellas palabras de la bendición: *Alégrese la tierra iluminada con tantos resplandores. Alégrese tambien la santa madre Iglesia adornada con los brillos de tanta luz.* El sabio Durando, obispo de Menda, en su

Racional de los oficios divinos, dice que los cinco granos de incienso que se ponen en el cirio pascual en forma de cruz, significan las cinco llagas, cuyas cicatrices ha querido el Salvador conservar en su cuerpo glorioso, y que dan bastante á entender que la mortificación es una especie de sacrificio ofrecido á Dios en olor de suavidad, en el que el fuego del amor divino es el que consume la víctima.

A la bendición del cirio pascual se siguen doce lecciones de la santa Escritura que ordinariamente se llaman profecias, cuya lectura es interpolada de cánticos y de oraciones. Las relaciones espirituales, místicas y morales que tienen con la solemnidad del día, y sobre todo con la ceremonia del bautismo, del que puede decirse que el Sábado santo es la gran fiesta, dan una idea bastante justa del gran misterio de nuestra regeneración, la cual se llama la Pascua, esto es, el pasaje del Egipto, por decirlo así, á la tierra de promisión; del estado de esclavos á la cualidad de hijos de Dios; del estado del pecado al estado de la gracia. Léense sin título, porque como era principalmente á los catecúmenos á quienes se leían, no se les leían mas que bajo del título de palabra de Dios, sin nombrarles los escritores sagrados cuyos nombres, cualidad y mérito ignoraban.

La primera de estas lecciones, tomada del Génesis, es de la creación del mundo, y principalmente de la formación del hombre á imágen de Dios, la cual habia sido borrada por el pecado, y se repara en el bautismo de la regeneración en Jesucristo por el mérito de su muerte y de su resurrección gloriosa, que ha disipado las tinieblas que estaban esparcidas por toda la tierra. Esta lección es una viva representación ale-

górica de la redencion, bajo del nombre histórico de la creacion.

La segunda leccion contiene la historia del diluvio. Habiendo llegado la malicia de los hombres hasta el último exceso, y corrompido toda carne su camino sobre la tierra, resolvió Dios anegar, por decirlo así, la iniquidad en las aguas del diluvio, no conservando en el arca mas que un pequeño número de almas justas, las cuales debian en lo sucesivo repoblar todo el universo. Hablando con propiedad, solo en la sangre de Jesucristo es en donde la iniquidad ha sido verdaderamente anegada, y destruido el pecado, segun la profecía de Daniel. El arca es la figura de la Iglesia, fuera de la cual no hay salud.

La tercera leccion refiere la historia del sacrificio de Isaac, esto es, la historia de un padre como sacrificador, y de un hijo como víctima; jamás hubo figura mas significativa del sacrificio de Jesucristo.

La cuarta leccion es la historia del paso milagroso de los israelitas por el mar Rojo al salir de la servidumbre de Egipto para ir á la feliz tierra prometida, en la que corrian como rios de leche y miel. Lo que allí sirvió para la salvacion del pueblo de Dios, sirvió para la pérdida de los enemigos de este pueblo. ¿Quién no ve en esta figura la imágen del triunfo de la Iglesia sobre todos los enemigos de Jesucristo.

La quinta leccion está tomada del profeta Isaías, por cuya boca el Señor, despues de haber denotado en qué consiste la herencia que promete á los que debe adoptar por Jesucristo resucitado, convida á todo el mundo á abrazar la fe, á fin de que puedan recoger el fruto de sus promesas, y participar de esta

herencia como coherederos con Jesucristo en el lenguaje de san Pablo.

La sexta leccion contiene la profecía de Baruch. Este discípulo del profeta Jeremías declara á los hijos de Israel, que entonces gemian en la cautividad de Babilonia, que la causa de todas sus desgracias procede de que han dejado al Señor su Dios, alejándose de sus caminos. En seguida, prediciéndoles la venida de Jesucristo: *Él es, les dice, el que es nuestro Dios: ningun otro que él, por quien todo ha sido hecho, ha sabido hallar el camino de la verdadera sabiduria; él es el que ha encontrado todos los caminos de la verdadera sabiduria. Él la ha dado á Jacob, su siervo, y á Israel su pueblo muy amado. Despues de esto, este Dios hecho hombre se ha dejado ver sobre la tierra, y ha conversado con los hombres.*

La séptima leccion, tomada del profeta Ezequiel, nos representa el misterio de la redencion de los hombres, bajo de la imágen alegórica del estado lamentable en que se hallaba el género humano á la venida del Salvador. Un vasto campo lleno de huesos secos se presenta á la vista del profeta, el cual oye una voz que le dice: *Hijo del hombre, ¿piensas tú que estos huesos podrán volver á vivir?* El milagro no parecia muy posible; sin embargo, el milagro se hizo, Dios mismo descubrió al profeta el misterio. *Todos estos huesos, dice el Señor, representan la casa de Israel.* Los israelitas dicen: Nuestros huesos están desecados, no nos resta esperanza alguna, somos perdidos sin remedio. Oye sin embargo lo que yo te mando que les anuncies: *Confía, pueblo mio: Yo abriré tus sepulcros, y te haré salir de tus sepulcros; y te llevaré á la tierra de bendicion que te he prome-*

tido, y sabrás por propia experiencia que yo soy el Señor. Esta profecía no se ha cumplido propiamente hasta la muerte y la resurrección del Salvador.

La octava lección está tomada del pasaje de Isaías, en que se dice que siete mujeres aspirán á un hombre, á quien no pedirán otra cosa sino que puedan llevar su nombre, y ser así libres del oprobio. Habiendo predicho el profeta la ruina entera de la sinagoga y de Jerusalem, nos da aquí la verdadera imágen de la Iglesia, cuya cabeza y esposo es Jesucristo. El número siete significa en la escritura un número indefinido; y estas mujeres significan aquí las almas rescatadas por Jesucristo y purificadas con su sangre, las cuales constituyen toda su gloria y su felicidad en ser por toda la eternidad las esposas del Cordero sin mancha.

La novena lección es del Éxodo, en la que se nos representa el sacrificio de Jesucristo, inmolado en la cruz, bajo de la figura del cordero pascual, cuya sangre, estampada en la puerta de las casas, preservó á los israelitas de la mano del ángel exterminador, y cuya carne sirvió de alimento á todos los que salieron de Egipto pasando por entre las aguas del mar Rojo. Esta es la figura mas expresiva de la Pascua de los cristianos y de los efectos maravillosos del Cordero de Dios, inmolado por nosotros en la cruz, y hecho el alimento del verdadero pueblo de Dios en la adorable Eucaristía. Este mundo es un mar borrascoso y lleno de escollos; y los enemigos de la salvación que hay que combatir durante el viaje de esta vida, no exigen un socorro menor ni un alimento menos prodigioso.

La décima lección es la del profeta Jonás, en la que él mismo está representado como una figura de Jesu-

cristo, tanto menos equivoca, cuanto que el mismo Jesucristo nos le ofrece como figura suya. En efecto, la muerte, la sepultura y la resurrección del Salvador al tercer día, se indican con bastante claridad, por el modo con que el profeta que se habia como cargado él solo con la iniquidad de toda la tripulación, fué arrojado al mar, tragado por el pez, y arrojado tres días despues vivo en la ribera; á lo cual se siguió inmediatamente la conversión de los Ninivitas á la sola predicación de Jonás.

La undécima lección está sacada de aquel pasaje del Deuteronomio en que se nota que Moisés escribió su segundo cántico, y lo enseñó á los israelitas poco antes de su muerte; y como en él describía muy á la larga todos los favores que habian recibido de Dios desde su salida de Egipto, expresando al mismo tiempo su extrema ingratitud y las penas con que Dios les habia castigado, quiso que este compendio histórico se guardase al lado del arca de la alianza para que sirviese de testigo contra ellos. La Iglesia nos refiere hoy este hecho para darnos la misma lección, y advertirnos con cuánta severidad merecemos ser castigados si hacemos inútil el bien infinito de la redención por la mas negra y la mas escandalosa de las ingratitudes.

La duodécima y última lección está tomada del libro de Daniel, en la que se refiere la historia de la justa persecución excitada contra los tres jóvenes hebreos, su condenación á ser quemados en un horno por no haber querido adorar la estatua del rey de Babilonia, y el milagro que Dios hizo en su favor, habiéndoles servido el fuego de refrigerio lejos de abrasarlos, y convirtiéndoseles el horno en orato-